

De El hermano asno decía Gabriela Mistral en 1925: "Es el libro de prosa más nítido y suave que se haya escrito en Chile". Y Alone en La Nación: "Querriamos... expresarle al autor nuestra admiración por su novela, sin duda la más fina que se ha escrito entre nosotros".

"En cuanto a estilo —confiesa Omer Emeth en El Mercurio— (es) una de las mejores que yo haya leído en muchos años".

Y desde España, en el ápice de su prestigio, escribía el crítico de arte Eugenio D'Ors: "¿Cómo ha conseguido esto Barrios? A fuerza de estilo, es decir, de disciplina; es decir, de arte".

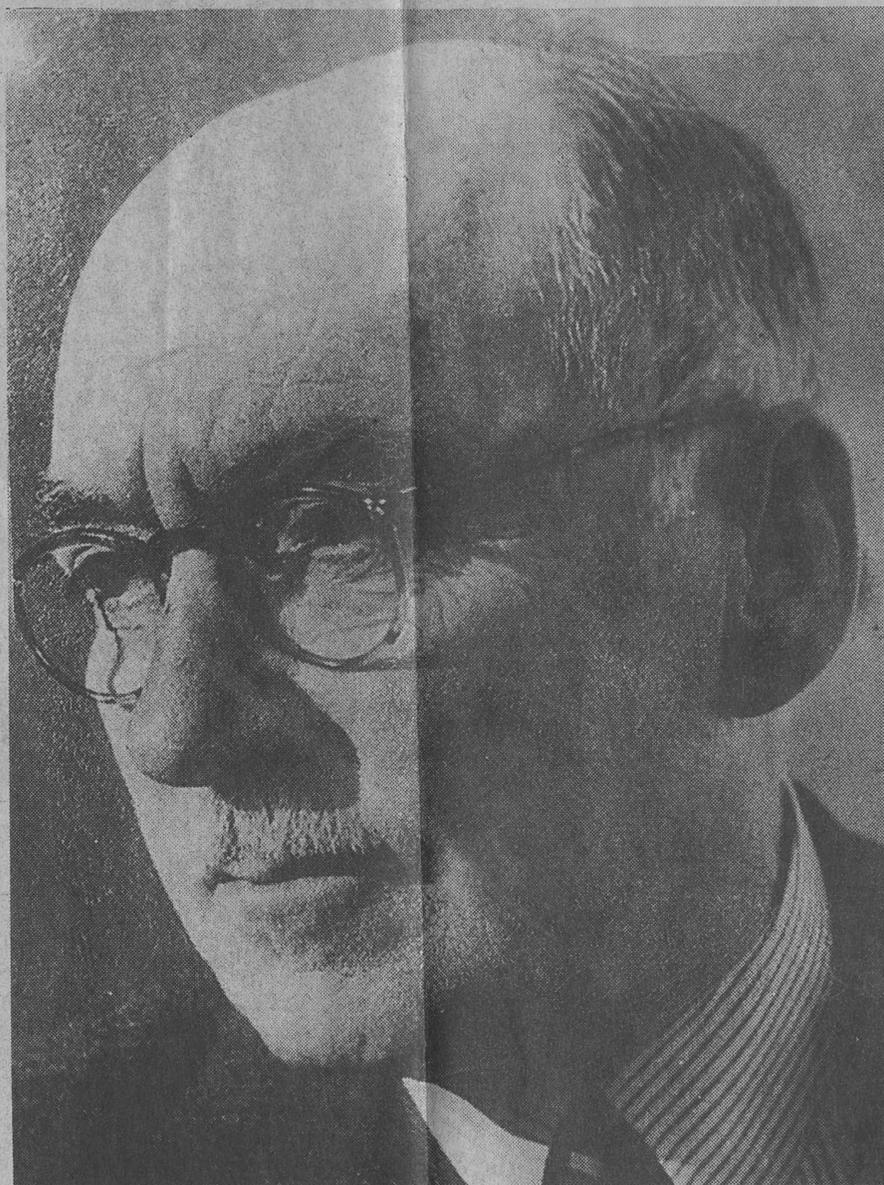
Eduardo Barrios tiene 38 años al publicar su tercera novela, que tantos elogios provoca. Ya es autor de relatos y de piezas teatrales. *El hermano asno*, 1922, marca un hito en la narrativa chilena: por la calidad de su prosa novelesca, por el análisis de estados de alma. El señorío se extiende a la perspicacia psicológica, a la capacidad de inventar un drama de pasiones interiores, cuya escasa acción a la vez prepara un desenlace inesperado, ambiguo, restallante. La peripecia externa es mínima, el decorado apenas se bosqueja. Barrios concentra la intriga en un convento franciscano; mundo cerrado, huis-clos de hombres de Dios donde el protagonista y narrador, Fray Lázaro, "sigue su vida de diletante monástico y de solapado fariseo", amonesta al sacerdote Omer Emeth, quien nada más reconocer la excelencia de la novela, arremete contra el autor por una supuesta incongruencia en el desarrollo de los personajes y la trama. "No hay unidad ni lógica", dice negándose a aceptar una evolución sutil, de gran elocuencia novelesca, que lleva al mejor de los hombres a servir de chivo expiatorio para salvar —mediante humillación y sacrificio— al tibio protagonista.

"Prosa poética"

1922. *El hermano asno*. Novela de intimidad, primor de es-

Una huella indeleble y fecunda dejó en la narrativa chilena esta obra, que es sin duda uno de los clásicos de las primeras décadas de este siglo. En su tiempo fue elogiada por los más importantes críticos nacionales y extranjeros, y en adelante ha servido de fuente de inspiración para buena parte de nuestros prosistas, incluidos algunos de los más recientes.

Por Antonio Avaria



Eduardo Barrios.

El Hermano Asno, de Eduardo Barrios:

Una Franciscania De Palabras

tilo, alejadísima o en las antípodas de esa literatura de la sangre y la tierra predominante en nuestra América en los años veinte: el super-regionalismo, la fuerza de lo telúrico, la persistencia del determinismo naturalista. Nada de eso, ni huellas del

criollismo notarial. Es otra cara de la prosa latinoamericana de esos años, que así se muestra más rica y variada, no siempre sojuzgada por los cánones de los materialismos positivista y marxista. Aquí hay aires de libertad espiritual, apertura a la dimen-

sión metafísica, penetración psicológica, humor y sátira. Y no se trata de "prosa poética", que Gabriela no era aficionada a elogiar los azúcares de estilo, pues agrega, en el romance paladino que la caracteriza, que la prosa de *El hermano asno* es creación poética, sin ser su autor "de esos novelistas líricos que han arruinado la novela de nuestros países, anegándola en flores".

El hermano asno es un hábil pastiche de una crónica/conventual.

Escribiendo sus "Veinte poemas de amor y una canción desesperada" antes de cumplir los veinte años de edad, es muy posible que Pablo Neruda, conscientemente o no, recogiera unas líneas de "El hermano asno" para iniciar su ahora famoso Poema 10. Así, el bello endecasílabo "Hemos perdido aun este crepúsculo" pudo ser en su origen subliminal un "verso robado" al diario íntimo de fray Lázaro, forma novelesca elegida por Barrios. Allí se lee: "Me voy. Por escribir, he perdido el crepúsculo". Los Veinte poemas de amor... aparecen dos años después de "El hermano asno".

Cuando Fray Rufino echa su capa sobre el lomo del perro guardián y ladra por él para ahorrarle gasto de pulmones, y afuera grita la noche viciosa, estamos ante una escena memorable de ternura y patetismo.

Las notas de naturalismo implacable aparecen en los descarnados retratos físicos. Un ejemplo entre varios: "Sobre sus hombros tiembla una cabeza sin pelo, de colgantes gorduras, pícuda nariz y ojos miopes, saltones y desteñidos...".

Profunda huella

A estas destrezas, añádase la sutil impostura de un proceso de enamoramiento en lugar prohibido.

La voz del autor es capaz de hacer oír el silencio: "Duerme todo el convento, duermen los monjes, las bóvedas y la fronda; duermen la iglesia y los jardines, y el pozo y la campana; duerme la tierra, y en estas noches de otoño, cuando ya en el crepúsculo la bruma se levanta, duerme también el cielo". En la posesión de esa prosa fina, precisa y poética, tomarán el relevo María Luisa Bombal, María Ca-

rolina Geel, y más tarde (¿para dójicamente?), un novelista de fin de siglo, Gonzalo Contreras. ¿Mencionar a Adolfo Couve en este contexto? Sí, y también algunas páginas de Mauricio Wacquez (sus novelas *Paréntesis* y *Ella o el sueño de nadie*). Es el análisis de un estado de alma, la complacencia casi amanerada en el autoexamen. La observación es meticulosa; un escalpelo filoso, agudo, que secciona, disecta, aparta lo secundario. Por su excelencia literaria, por la capacidad de revivir las intermitencias del corazón y la sensibilidad de un mundo cerrado, monacal, esta novela escrita en primera persona es ejemplar en el panorama novelesco de sus contemporáneos. Novela del mundo interior, sin la resonancia telúrica que exigía el momento histórico.

(Es bien curioso que esa novela de las fuerzas naturales y étnicas campeó en América Latina bajo el signo marxista, pero sus características corresponden notablemente a la *Blut und Boden* (*Blubo*) *Literatur*, la literatura de la sangre y el suelo del nacionalsocialismo. Esas correspondencias dan origen a la paradoja de que el crítico alemán examine con entusiasmo esos textos latinoamericanos, destacando justamente aquellos rasgos "telúricos" que jamás se atrevería a defender para su patria, pues ha sido criado ¡con buenas razones! en la náusea hacia ese nacionalismo que tantos males trajo al mundo y tantas maldiciones y divisiones arrojó sobre Alemania).

Cabe señalar que Eduardo Barrios (avant la lettre) se adelantaba a nuestros minimalistas finiseculares al fraguar el estilo de "El hermano asno". "Era la obra preferida de mi padre", recuerda su hija, la renombrada pintora Gracia Barrios.

En un célebre artículo de 1936, Juan Marinello analizaba las ya clásicas grandes novelas latinoamericanas del decenio del veinte: *Doña Bárbara*, *La Vorágine* y *Don Segundo Sombra*, bautizándolas como sigue: "Tres novelas ejemplares".

Digamos que son cuatro.

Antonio Avaria, escritor, autor de "Primera Muerte", ha sido agregado cultural y de prensa en la República Popular China y funcionario de prensa de la Oficina Internacional del Trabajo, en Ginebra. Es Profesor de Literatura Hispanoamericana.